

El collar de la paloma

E.W. HEINE



salamandra

Annotation

En las postrimerías de la Edad Media, cuando todo noble guerrero que se precie está obligado a embarcarse en alguna cruzada para defender la cristiandad frente a la amenaza musulmana, Orlando de Padua, caballero del Temple, recibe la orden de viajar a Persia para infiltrarse en la fortaleza de Alamut, refugio de una secta musulmana sospechosa de haber atentado contra el duque de Baviera el año 1231. Tras superar los obstáculos propios de una empresa tan arriesgada, Orlando logra introducirse en la fortaleza y tomar parte en los ritos iniciáticos de la secta. Poco a poco, a medida que el fascinante mundo de la cultura oriental se revela ante sus ojos, el caballero deberá añadir a la amenaza de ser descubierto la no menos peligrosa tentación de abandonarse a una forma de vida en la que priman el placer y la sensualidad, comprometiendo así el cumplimiento de su misión.

El collar de la paloma —título que hace referencia expresa a la gran obra de Abu Muhammad Ali ibn Hazm— Heine ofrece un cuadro vivo de los más variados escenarios, tanto de Oriente como de Occidente, durante la época medieval.

ERNST WILHELM HEINE

El collar de la paloma

Traducción de Nélida M. de Machaín

Salamandra

Sinopsis

En las postrimerías de la Edad Media, cuando todo noble guerrero que se precie está obligado a embarcarse en alguna cruzada para defender la cristiandad frente a la amenaza musulmana, Orlando de Padua, caballero del Temple, recibe la orden de viajar a Persia para infiltrarse en la fortaleza de Alamut, refugio de una secta musulmana sospechosa de haber atentado contra el duque de Baviera el año 1231. Tras superar los obstáculos propios de una empresa tan arriesgada, Orlando logra introducirse en la fortaleza y tomar parte en los ritos iniciáticos de la secta. Poco a poco, a medida que el fascinante mundo de la cultura oriental se revela ante sus ojos, el caballero deberá añadir a la amenaza de ser descubierto la no menos peligrosa tentación de abandonarse a una forma de vida en la que priman el placer y la sensualidad, comprometiendo así el cumplimiento de su misión.

El collar de la paloma —título que hace referencia expresa a la gran obra de Abu Muhammad Ali ibn Hazm— Heine ofrece un cuadro vivo de los más variados escenarios, tanto de Oriente como de Occidente, durante la época medieval.

Título Original: *Das Halsband der Taube*

Traductor: Machaín, Nélida M. de

Autor: Heine, Ernst Wilhelm

©2001, Salamandra

ISBN: 9788478886760

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 31/01/2019

E. W. Heine

El collar de la paloma

TÍTULO original: *Das Halsband der Taube*

Traducción: Nélida M. de Machaín

Ediciones Salamandra, 2001

ISBN: 84-7888-676-1

Depósito legal B-27-278-2001

1ª edición de 2001

*En los valles de Dailam
se encuentran, en primavera,
palomas muertas,
blancas como la nieve.
Dicen que se matan
entre ellas por amor.
Rodea su cuello
una sarta de rojas
gotas de sangre:
Tauq al-hamama,
el collar de la paloma.*

1

LA MISIÓN

*Non nobis domine, non nobis
sed nomini tuo da gloriam.*

«No para nosotros, Señor, no para nosotros,
sino para Tu nombre sea toda la gloria.»

DIVISA DE LOS TEMPLARIOS

La fortaleza de Keltege se erguía sobre las aguas del río como la construcción de un castor. Chorreaba agua por los muros cubiertos de musgo. Velos verdosos se adherían como telarañas a las oxidadas rejas. Los juncos y la cicuta proliferaban sobre las murallas. El rumor del Danubio se colaba por las paredes y por las grandes puertas con remaches de hierro; penetraba en los pensamientos y en el sueño nocturno. El río era sabio y murmuraba como una anciana. Custodiaba el oro de los hunos, tumbas de los godos, ruinas romanas y útiles de brujería sumergidos en las aguas. Dominaba desde la eternidad todos los misterios de la metamorfosis, pero de manera siempre cambiante. El claro de luna, que flotaba sobre las aguas en las tibias noches de mayo, se trocaba en plata con el cantar de las ondinas. Los rayos del sol, que llegaban al oscuro fondo del Danubio durante el solsticio de verano, se convertían en oro al tañer de las campanas. El río era omnisciente como Dios. Conocía la maldición que pendía sobre aquel puente de madera, que caería una mañana, dos días antes de la festividad de san Lamberto. Las olas esperaban a su víctima.

Aquella mañana de septiembre, cuando Luis de Kelheim dirigió la mirada al puente que unía la isla ducal

con la dudad, el reloj que regía su vida dejaba caer los últimos granos de arena. Era el 15 de septiembre del año del Señor de 1231.

El duque visitaba la ciudad todos los días a la misma hora. Llamaba *inspectio* a ese recorrido por las callejuelas.

Lo acompañaban su hijo, algunos caballeros, un grupo de cortesanos y los perros de la duquesa.

El sol del final del verano atraía con su bienhechora tibieza. Sobre el fondo de una danzarina nube de mosquitos, los patos silvestres se desplazaban por la pantanosa orilla con las plumas ahuecadas. Hasta las tímidas ratas de agua se habían aventurado a salir. Los perros, sujetos con correas, las ahuyentaban con sus ladridos.

Cuando el duque Luis llegó al puente, vio al hombre al otro lado; parecía estar esperándolo. En la mano izquierda llevaba un pergamino desenrollado. A Luis no le gustaba que lo molestaran durante el paseo por la ciudad. La gente de Kelheim lo sabía y se allanaba a los deseos de su señor. El desconocido se había inclinado y era imposible verle el rostro. La cabellera rubia, que resplandecía a la luz del sol, era larga como la de los hombres libres. Parecía muy joven y, a pesar de la actitud humilde, se podía aventurar que era audaz e incluso arrogante.

Los perros comenzaron a ladrar y a tirar de las correas.

—¡Fuera! ¡Fuera del camino! —gritó el sirviente que los sujetaba.

—¡Calla! —ordenó Luis—. Cualquiera merece ser escuchado.

Había llegado junto al extraño y, cuando fue a coger el pergamino, éste se adelantó y le atravesó el cuello con un estilete. Todo sucedió tan rápido y fue tan sorprendente que ni Luis ni sus acompañantes alcanzaron a comprender lo espantoso del hecho. El duque contempló al asesino con los ojos tan abiertos que reflejaban más sorpresa que alarma. Se llevó las manos a la herida, vaciló y se desplomó como un árbol al que han serrado el tronco. La caída sacó a

los hombres de su parálisis. Las espadas salieron de las vainas con el zumbido de flechas disparadas por un arco. Mientras la vida se le escapaba al duque entre macabros estertores, los caballeros destrozaron al asesino con golpes feroces. Fue una carnicería tan atroz que el médico al que se recurrió pensó que tenía que atender a varios heridos. Los vengadores estaban empapados de la sangre de la víctima. Al desconocido le faltaban los brazos y un pie. Las entrañas colgaban como flecos de las tablas del puente. El espectáculo era tan horrendo que los sirvientes taparon el cadáver con arena y, para abreviar, arrojaron los miembros amputados al Danubio.

Para el duque, cualquier ayuda llegaba tarde. Sufrió la peor de las muertes. Un destino cruel lo arrancó de la vida, desprevenido, sin confesión y sin los últimos sacramentos. Los acompañantes pusieron una capa sobre el cadáver. Yacía de espaldas sobre las tablas, esperando que lo retiraran dignamente. Ninguno de los que se habían aproximado hablaba. Todos estaban paralizados por la maldición que había caído sobre aquel puente.

¿Quién era el asesino? ¿Por qué lo había hecho?

Luis no era un tirano. Sus súbditos lo querían. ¿Sería la acción de un demente o se había hecho por encargo de otro? ¿Habría cómplices entre los acompañantes del duque? ¿Por qué se habían apresurado a dar muerte al culpable? ¿Acaso habían temido que revelara nombres si se lo sometía a tormento? ¿Qué diría la carta que había querido entregar al duque? La buscaron inútilmente. ¿Se la había llevado la corriente o la había recogido alguien?

Por fin cargaron el cadáver sobre un carro tirado por dos caballos negros, y lo condujeron a través de la ciudad, envuelta en la niebla y la tristeza que se extendían a orillas del río. Pasaron junto a murallas grises, roídas por el tiempo; al lado de escaleras desgastadas hasta lo imposible; alrededor de cercos de tablas rotas, llenas de agujeros como

la sonrisa de un anciano; de techos de paja ladeados, demasiado grandes para el destartado entramado que los soportaba, como gorros de bufón sobre cabezas de niños. Y cada corto trecho, pasarelas, puentes, arcos, vados, pues la ciudad estaba surcada por canales. En las callejuelas se secaban redes llenas de remiendos. Había gran abundancia de pescado, la carne de los pobres. En los ventanucos sin vidrios se amontonaban macetas toscas y sin adornos. La ropa lavada pendía de cuerdas, junto a manojos de cebollas, pescados secos y atados de plantas: valeriana, borraja y ajedrea.

La ciudad elevaba orgullosamente las torres hacia el cielo: torres de defensa, de vigilancia, la de la cárcel, la de la casa consistorial y, sobre todo, de iglesias, cuyas campanas tocaban ha muerto en ese momento.

Aquel mismo día se expuso la cabeza del autor del atentado. No se hizo, como era habitual, ante las puertas de la ciudad, sino en el pasaje de entrada, para que las corrientes de aire retrasaran la putrefacción. La cabeza quedó ensartada en una lanza. Los abiertos ojos habían perdido el brillo, como los de un pez de río que no se vende durante la jornada de pesca. Se montaba guardia noche y día para proteger la cabeza de la ira de la gente del lugar y de la avidez de los cuervos. El redoble de un tambor comunicaba a la curiosa multitud que cuatro libras de monedas de plata esperaban a quien pudiera proporcionar el nombre y el origen del asesino.

El día de san Lamberto, cuatro clérigos atravesaron a caballo la puerta de la ciudad de Kelheim. Eran el abad Babo de Biburgo y el abad Silvestre de Weltenburgo, acompañados por los caballeros templarios Domingo de Aragón y Fernando el Fuerte.

Cuando los jinetes pasaron junto a la cabeza ensartada a la altura de sus rostros, Domingo lanzó un alarido tan salvaje que el caballo blanco se asustó y lo arrojó de la silla.

Aquella noche ventosa y sin lima regresaron los dos templarios. A la luz del farol de la cuadra examinaron la cabeza empalada. Palparon el pelo ensangrentado y miraron a través de los labios entreabiertos.

En el cuello, por encima del lugar en que se había separado la cabeza del tronco, descubrieron una serie de extrañas marcas en la piel.

—¿Qué cicatrices son éstas?

—Parecen marcas hechas a fuego.

—No, parecen mordeduras, mordeduras de vampiro o marcas de las garras del diablo.

Los hombres se santiguaron.

—¿Conocéis a este hombre? —preguntó el guardia.

—Dios nos libre —replicó Domingo, el más joven de los templarios.

Pero cuando volvían al albergue dijo:

—Lo reconocí inmediatamente. La marca de fuego del Bafometo bajo el pelo de la nuca...

—La vi. No hay duda.

—¡Pero qué extrañas son las heridas del cuello! ¿Qué significado pueden tener? Son anteriores a la muerte. Ya estaban cicatrizadas cuando murió. Nunca había visto nada igual.

—¡Dios mío, uno de los nuestros! ¿Cómo es posible? No puede ser.

—*Stultorum plena sunt omnia*. El mundo está lleno de locuras.

En la fortaleza templaria de Jisur, a un día a caballo de París, los *fratres capellani*, hermanos priores de la orden, habían terminado la misa con un tedéum. Los *fratres milites*,

caballeros y sargentos, ensillaban los caballos para el ataque ligero con que comenzaba el día de ejercicios militares. Los *fratres servientes*, artesanos, trabajaban desde la salida del sol para aprovechar el tiempo seco. Los carpinteros martillaban en el tejado de la maltería. Los maestros de obras, que ostentaban el título de «hermanos de la libertad», preparaban los materiales de construcción para el nuevo recinto del portero. Desde la herrería llegaban los diáfanos golpes de los «hermanos del deber».

En los jardines más bajos del monasterio, entre el bosque y la zona de pesca, Orlando luchaba por destruir el nido de un ratón. Se enjugó el sudor de la frente mientras sujo— ven ayudante continuaba trabajando con la pala. De pronto, éste exclamó:

—¡Mirad, mirad! Hemos dado con la cueva.

El suelo se había hundido dejando al descubierto un amplio agujero. Orlando se puso de rodillas para apartar con las manos la tierra húmeda. Los dorados granos de cereal quedaron a la vista.

—Mira esto —comentó Orlando—. Ha cosechado y guardado el grano equivalente a cien veces su peso..., y sin hoz ni sacos ni carros. No hay labriego capaz de hacerlo. Estos granos han permanecido casi seis meses bajo tierra sin brotar, sin pudrirse. ¿Cómo lo hará? Si pudiéramos descubrirlo, no necesitaríamos graneros ni almacenes.

Llenaron cuatro sacos con granos de trigo.

—Y esto no es nada comparado con el grajo de los abetos —prosiguió Orlando—. Reúne más de cien mil bellotas, las distribuye en más de mil agujeros hechos en troncos y las recupera casi todas. Lo mismo ocurre con el pequeño paro de los pantanos: es capaz de recordar millares de escondites. Pero el gran maestro del almacenamiento es el topo. Guarda cientos de lombrices en una despensa subterránea, en un agujero situado cerca del lugar donde duerme. Les corta la cabeza; con eso no las mata, pero les impide abrirse camino para escapar. De esa manera, el topo

cuenta con carne fresca junto a la cama durante todo el invierno. Las lombrices sobrantes huyen en primavera; para entonces les ha vuelto a crecer la cabeza. De esa manera no se desperdicia ni un gusano. *Fascinatio nugacitatis!* ¡Qué fascinante es hasta lo más pequeño!

—Creo que alguien nos llama —dijo el muchacho.

En la loma, junto a la muralla del monasterio, estaba el hermano Bernhard agitando los brazos. Orlando sólo alcanzó a entender:

—Geminus... el gran maestro...

Pedro de Monteagudo, el gran maestro de los templarios, permanecía de pie junto a una de las grandes ventanas de la galería superior observando el claustro, bajo cuyas arcadas se había reunido la totalidad de los templarios de la fortaleza. Los hábitos blancos, con la cruz roja en el hombro izquierdo, se agitaban con el viento.

—¿Ha llegado Geminus? —preguntó el gran maestro a su secretario, que afilaba una pluma en el pupitre.

Orlando y Adrián de Padua eran gemelos, así los llamaban en latín: Gemini, porque nadie era capaz de distinguirlos.

La gran puerta se abrió y un hombre entró en el salón. Era alto y delgado, y tenía más de treinta años. Llevaba el pelo tan corto que parecía un erizo. Una amplia barba le enmarcaba el rostro. Permaneció a la espera en el oscuro marco de la puerta. Era una extraña mezcla de tosquedad aldeana y tierna sensibilidad; algo que se encuentra de vez en cuando entre los caballos y los perros surgidos del apareamiento de una raza noble con un ejemplar salvaje. Los sensibles labios y la fina nariz contrastaban, de manera sorprendente* con las fuertes mandíbulas y con la magnífica dentadura de animal de presa. Los ojos, de un límpido azul, se movían con extraordinaria viveza, como los de una bestia joven. En general, la relación que mantenía con los animales era más íntima que la de otra gente de su edad. Quizá esto se debía a que era producto de un parto múltiple,

como la mayoría de los cuadrúpedos. Como cachorros de una misma camada, los gemelos habían madurado, desde el mismo instante de la concepción, física y mentalmente juntos. El contacto prenatal con su otro yo les había permitido acceder a mundos vedados a los demás. Podían dialogar sin hablarse, don común en los animales de una misma manada o en las abejas de una colmena.

Quien no lo conocía podía tomarlo por flemático. Se movía con el poderoso sosiego de un oso. Sin embargo, se comportaba como un gato doméstico: sabía instintivamente que, llegado el momento, podía confiar en su rapidez; pero consideraba el estado de calma su auténtico modo de ser.

—Toma asiento, hermano Orlando, tengo que hablar contigo —dijo el gran maestro—. Hace tres veranos enviamos a tu hermano a Persia, en una misión secreta. Debería haber regresado, como muy tarde, el día de Chilligan, pero todavía no ha vuelto.

—El camino es largo y está lleno de peligros.

—Los conoce todos. Es uno de nuestros mejores hombres.

Pero falta hace ocho meses. ¿Tienes alguna explicación?

—¿Cómo puedo...?

—Se dice que los gemelos se mantienen unidas como si formaran parte de un mismo cuerpo. Háblame de él... ¿Qué clase de hombre es Adrián?

—Lo conocéis.

—¿Quién conoce a la gente? *Témpora mutantur et homines in illis*. Los tiempos cambian y con ellos la gente. Háblame de Adrián.

—Es como yo.

—Entonces, háblame de ti; no, háblame de quien os parió, de tu madre.

—No nacimos como los demás. Para que nacióramos tuvieron que cortar el vientre de una moribunda. No sobre-